
Enrique Krauze

*Por una DEMOCRACIA
SIN ADJETIVOS*

Trataré de dar un panorama no tanto de mis concepciones sobre la democracia (porque yo no tengo ninguna concepción original sobre la democracia) sino de la lectura que hago de los textos incluidos en *Por una democracia sin adjetivos*. El libro tiene tres ángulos fundamentales: un ángulo político, uno histórico y uno moral.

Mi preocupación por el tema en realidad deja de ser teórica o académica para volverse práctica y política en el año de 82, a raíz de los acontecimientos que todos conocemos. Se inició con una crítica al presidencialismo, en particular una crítica al uso de la autoridad por parte del presidente López Portillo, en un ensayo que se llamó *El timón y la tormenta*, que pretendía deslindar la responsabilidad del presidente y, en general, del gobierno, en la crisis; responsabilidad que, a mi juicio y a juicio de mucha gente, era muy alta y hasta decisiva. Por otro lado, buscaba deslindar también el tipo de hipotecas que este régimen dejaba al régimen siguiente.

En diciembre de 83 publiqué el trabajo que da nombre al libro mencionado. En realidad, era un llamado al nuevo régimen, al nuevo presidente, para ejercer la voluntad de reforma política de un modo mucho más profundo de como se venía ejerciendo hasta ese momento y, se puede decir, desde la Revolución.

Revisé la trayectoria intelectual del Presidente en la Facultad de Derecho, en sus escritos jurídicos y hasta en su tesis de licenciatura, queriendo encontrar en ella más al liberal y al demócrata que al técnico en

que después se convirtió. A sabiendas de que había sido discípulo de Jesus Reyes Heróles que, como todos sabemos fue un hombre de gobierno, pero que también se consideraba a sí mismo, y con razón, un liberal.

En ese texto el llamado consistió en una cuádruple reforma. No que ésas fueran las únicas vías posibles de democratización (porque hay muchas) sino que, a mi juicio, parecían cuatro atajos, cuatro caminos, difíciles pero asequibles, para lograrla.

El primero era que el régimen actuara contra sí mismo, es decir que llamara a cuentas al régimen anterior. No era un reclamo imposible; Cárdenas lo había hecho con Calles, ambos protagonistas fundamentales del sistema político mexicano o del Estado mexicano actual, de modo que yo no veía enormes dificultades para que el régimen actuara contra el régimen anterior de formas mucho más palpables de cómo lo hizo.

El segundo, fue llamar al Estado a poner límites a su propio poder y a su propio lugar en la vida económica, política, social y cultural de la nación: un gobierno que se gobierne a sí mismo. El tercero, era establecer una verdadera y sana vida de partidos, con un PRI límpidamente competitivo e independiente del Estado, con un PAN que tuviera un programa político más preciso, y con una izquierda que abandonando los dogmas tradicionales se acercara a una configuración más europea, más moderna, más democrática, más española. El cuarto y último, fue exigir que la prensa (que es la verdadera secretaría de educación política de los pueblos democráticos) fuera más responsable, más profesional, más libre, que usara con mayor libertad, inteligencia e imaginación su libertad.

Unos meses después empezó un diálogo y una polémica con algunos voceros del gobierno y con la izquierda. El gobierno argumentaba cuatro puntos. En primer lugar, negar que el sistema no fuese democrático era, a su juicio, un error por el simple hecho de que el Estado mexicano no oprimía la libertad. En segundo lugar, el vocero autorizado apuntaba, ya en términos más pragmáticos, que el sistema mexicano seguía teniendo la posibilidad y la flexibilidad para acoplar e incluir dentro de su seno a las fuerzas políticas de izquierda, es decir, que la disidencia podía darse perfectamente todavía *dentro* del generoso manto estatal. En tercer lugar, se argumentaba, reivindicando la democracia, la continuidad histórica de este régimen con los regímenes anteriores desde la Reforma. Y, en cuarto lugar, se decía que la verdadera democracia no era una democracia puramente política, sino también una democracia social.

Ante esta réplica recordé como epígrafe unas palabras de Porfirio Díaz que me parecen calçadas de la actitud oficial: “Las teorías abstractas de la democracia y la efectiva y práctica aplicación de las mismas, necesariamente y con frecuencia, son diferentes”. Al primer argumento repuse: ¿qué ventajas tendría el oprimir o suprimir las libertades? Tam-

poco es posible —expliqué— que el gobierno pueda seguir acoplando o incluyendo dentro de su manto a todas las fuerzas sociales y políticas. En cuanto a la continuidad histórica de estos regímenes con los de la Reforma, no creí ni creo que la continuidad exista. Al contrario: creo que hay una continuidad política con el porfiriato, no con la Reforma. Pero la refutación clave está, según pienso, en el cuarto punto:

. . . vaciar la democracia de contenido político, es vaciarla de contenido. La democracia busca la libertad y la igualdad políticas; igualdad de participación, influencia y vigilancia sobre las decisiones políticas. En este sentido, la democracia es un objetivo dentro de otros no menos importantes, como la igualdad material, el bienestar, el orden, la fraternidad. La consecución de estos fines no crea automáticamente la democracia, pero éste sí suele ser el camino más racional, menos inhumano de conseguir aquellos fines. ¿En qué forma, en qué casos concretos, la instauración en México de una democracia plena podría anular, retardar u obstaculizar la consecución de otros fines, en particular la apremiante recuperación económica? ¿No fue más bien la falta de democracia. . . y sobre todo la falta de vigilancia al poder ejecutivo lo que nos llevó en buena medida a la postración económica? Hay un argumento implícito en la defensa oficial: la vocación del Estado mexicano es perseguir integralmente todos los fines, pero vocación no es realidad; algunos países han logrado acercarse más hacia esos fines sin un ogro filantrópico de desproporciones de lo hecho y otros países con ogros mayores y menos filantrópicos los han suprimido.

Una parte difícil e interesante de esa polémica fue la que realicé con algunos personajes de la izquierda, para quienes reservé un epígrafe, nada menos que de Carlos Marx. En *El 18 Brumario de Luis Napoléon Bonaparte* (1852), dice Marx: “. . . del liberalismo más vulgar, del más formal republicanismo, de la trivial democracia. . .”. Lo cierto es que todas esas respuestas fueron un poquito más democráticas que el texto de Marx, sobre todo, recuerdo, una del PMT. En ese instante, parecía despertar —claro, no por este texto mío, sino por un complejo movimiento histórico— una conciencia democrática en la izquierda.

Pasó el tiempo, y en julio de 85 el sistema enfrentó la prueba de ácido, digamos, de la democracia que son las elecciones. En ese momento pensé que era interesante advertir un posible paralelo histórico con el año de 1908, no por pensar que se iba a repetir (pues la historia nunca se repite, o por lo menos no se repite —decía Marx— del mismo modo), pero sí para hacer esta argumentación. De las tres legitimidades de las

que habla Max Weber —la carismática, la tradicional y la legal—, en 1985, el Estado padecía ayuno de las tres. Qué bueno que lo fuera de la carismática, pero qué infortunio para él que lo fuera de la tradicional: las fuentes de la legitimidad que provienen de la lucha revolucionaria estaban fatalmente lejos. No quedaba más que una legitimidad posible: la legitimidad legal, y ésta se gana con las leyes y en las urnas.

Por supuesto que ésta, como otras opiniones de las personas que pensamos así en México, no fueron atendidas en ningún sentido. Al ver los resultados, escribí otro pequeño artículo que no es un ensayo siquiera, que se llamó “Voto contra el voto”. En él reiteré lo que muchos pensamos en ese momento: que la democratización hubiese aliviado las tensiones del sistema; hubiese introducido economías reales en él; hubiese ayudado a la descentralización, al crédito, a la vitalidad, a la coherencia, a la prevención de la violencia; hubiese sido un acto realista, hubiese reanimado a la nación.

Después vino un voto terrible de la naturaleza: el terremoto. Nueva y dolorosa oportunidad. Un desfaseamiento entre la sociedad y el gobierno. La sociedad actuó, la sociedad desplegó intensamente, reveladoramente, su vitalidad. El gobierno reveló lo contrario: su esclerosis. Era un *momento plástico*, un momento para poder empezar por desmontar las pirámides burocráticas, políticas. Poco fue lo que se hizo.

La siguiente prueba es la que estamos viviendo en estos instantes: los comicios en el Norte, particularmente en Chihuahua. Sobre todo yo consideré que habría que dejar la argumentación teórica (de gabinete, vamos a decir) e ir al terreno de los hechos. En una visita a Chihuahua pude comprobar superficialmente algunas cosas: la situación del PRI en el estado, la confluencia de dos tipos de panismo, uno antiguo debido a la labor de zapa de los antiguos fundadores del PAN, y uno nuevo que no tiene ninguna idea del antiguo PAN pero que, sin embargo, está muy activo.

También noté algo que me pareció todavía más revelador y esperanzador: la aparición de una izquierda auténticamente democrática. Una izquierda que, para defender sus puntos de vista (por supuesto opuestos a los del PAN en cuanto a programa e ideología) se vincula a la lucha ciudadana para defender el voto porque solamente con el poder derivado y emanado del voto, puede soñar siquiera en llegar al poder.

Este es el momento que vivimos. En el Norte ocurre un movimiento político de largo aliento que rebasa al clero, al PAN, a los partidos, a la Iglesia y a los empresarios; es un movimiento cívico que nos es un poco ajeno a nosotros en la ciudad porque creo que estamos muy lejos de tener una auténtica cultura democrática. Me parece que la actitud verdaderamente inteligente de un gobierno iluminado, de un gobierno intelligen-

te, sería reconocer ese movimiento histórico y darle un cauce pacífico, no autoritario.

El ángulo histórico

Esta es la historia de la argumentación política. El segundo es un ángulo histórico. Traté de que no fueran únicamente propuestas de buena voluntad, sino que tuvieran algún sustento histórico. Hay una discusión en el libro sobre las dificultades de la implantación de la democracia en México. La primera, me parece, es una dificultad de orden mental, cultural: estamos presos —podríamos hablar de este tema muy ampliamente—, de algo que se me ocurre llamar el arquetipo novohispano de política, que es el arquetipo seguido por Lucas Alamán, Porfirio Díaz, Venustiano Carranza y, en general, la Revolución Mexicana. Se concibe la vida política no como una querrela entre individuos, sino como algo que ocurre dentro de un edificio institucional corporativo.

Otra dificultad para el desarrollo político es el prestigio del Estado benefactor en el siglo XX, que en particular en México tuvo tanto éxito. Esto hay que reconocerlo: el modelo político mexicano en el siglo XX tuvo —creo que ya podemos hablar en pasado— un éxito muy notable. Esto también es un factor que opera en contra de la cultura democrática en México.

También quise aportar algunas analogías históricas. Ningún país es exactamente igual a otro, pero las diferencias entre ellos no son esenciales; son, en todo caso, culturales, pero no hay una diferencia esencial, todos somos humanos. Por eso me pareció que un espejo distante aunque cierto de esta situación mexicana era nada menos que la Inglaterra de fines del siglo XVIII.

Hay un libro de un famoso historiador inglés, Louis Namier, que se llama *La estructura de la política en la época del acceso al poder de Jorge III*, que no sé si está traducido al español. Uno puede leer ese libro como si estuviera leyendo sobre México en 1970. Por ejemplo, hay una frase de un capitán que le escribe a un miembro del Parlamento: “Vivir fuera del Parlamento es vivir en el error”; increíble, pero es textual. Hablaba también de la vieja corrupción, el patronazgo, los dogmas. Un reformador que Reyes Heróles solía leer más de lo que confesaba, Edmund Burke, dijo que había que reconocer que la situación no podía seguir así. Se habían perdido las colonias; la raíz de la podredumbre —porque la palabra se usaba en inglés en esa época: *rotten*— era la vida política. Había que cambiarla por formas no muy distintas a las que yo, siguiendo este texto, sugerí para México: la limitación del gobierno, la apertura a una auténtica vida democrática y la presencia machacona de

lo que Burke, por primera vez en la historia, llamó el cuarto poder: la prensa.

En un plan apocalíptico, también quise invocar los manes de otros teóricos de la democracia. . . tampoco con mucho éxito. Uno de ellos, que invoqué en relación con los problemas de México, fue un discurso de Tocqueville en la Asamblea Nacional de 1848, que dice así:

No señores, los grandes acontecimientos no nacen de los mecanismos legales sino del espíritu del gobierno. Conservad las leyes si queréis, conservadlas, aunque al hacerlo cometeríais un error grave; conservad a los mismos hombres si eso os place, pero, ¡por Dios!, cambiad el espíritu del gobierno, porque repito, es el espíritu el que os está conduciendo al abismo.

Hay un par de ángulos igualmente históricos en el libro —esto parece una presentación del libro, pero disculpen, creo que es la forma de entrar en materia—, que son un retrato de Reyes Heróles que fue el hombre que llevó el liberalismo, a la española, a los límites posibles dentro del sistema. Reyes Heróles fue un liberal congruente, pero siempre dentro del sistema. Voy a permitirme leer algunas pequeñas frases, un párrafo, en relación a esto:

Como Burke, Reyes Heróles creía en la política del compromiso pero, a diferencia del inglés, pensaba en un compromiso dentro del manto estatal; la pluralidad en la unidad. Propendía al cambio, pero al cambio desde el Estado y en bien de la sociedad.

El otro caso que me pareció importante destacar fue el de Octavio Paz, que jamás fue un demócrata convencido, ni la democracia le importó mayor cosa por muchas décadas, pero que después de una larga jornada de ilusiones, convicciones, creencias —yo creo que no ha habido creencia o ilusión social que él no abrazara, empezando desde luego por el marxismo— llegó al último baluarte que es la convicción democrática. En este sentido, me pareció interesante el periplo de Paz.

He hablado de un ángulo político que traté de ir presentando en orden cronológico; de cómo ese ángulo político está sustentado en una serie de discusiones o de razonamientos históricos con analogías pertinentes, con biografías que vienen al caso, con conjeturas en torno a la mentalidad mexicana, a la forma en que la historia cultural y política de México no nos predestina para la democracia y, sin embargo, creo que es perfectamente posible que esa democracia se abra paso; no mágicamente, sino que simplemente está allí ya, frente a nosotros, lo que hay que hacer es conocerla y atreverse a habitarla.

El ángulo moral

Para concluir, no tengo más remedio que leer el envío final de la introducción del libro que es el ángulo o la fibra moral que lo dictó.

Este libro propone el tránsito hacia una democracia sin adjetivos que comenzaría con el respeto escrupuloso al voto que implica otras cosas. La práctica de una tolerancia más cercana a la atención de las opiniones ajenas que a la repugnancia hacia ellas. El civilizado ejercicio de una crítica en la que la imaginación, la fundamentación y la lógica desplacen a las reacciones miserables, dogmáticas y autocomplacientes. La consideración de la variedad y la pluralidad como fines en sí mismas. La atenta vigilancia al poder junto a la posibilidad de orientarlo, limitarlo y llamarlo a cuentas y, en fin, la experiencia cotidiana individual y colectiva nacional; el labrarse el destino propio con el propio esfuerzo. Entendida así, la democracia es una forma de convivencia, no una utopía, o un evangelio de salvación, ni siquiera es un programa positivo de gobierno. Respira en espacios abiertos, entre hombres libres que discuten, no entre hombres civiles que trepan, hombres liberados de sus arquetipos, no de sus sueños. La democracia no es una panacea, pero para México es ya el único camino posible de reconciliación nacional.

Preguntas y respuestas

1. *Pregunta.* Me parece que en tu libro, aunque pareciera contradictorio, los adjetivos de la democracia son sus condiciones de posibilidad. No hay un concepto de democracia en abstracto. La democracia es relacional, plural, formal; por ello establece las reglas de su operatividad, que no son sino la forma mediante la cual se expresa; sanciona un orden existente referido a valores establecidos como la propiedad, el derecho y las formas constitucionales del derecho a gobernar. Así, es posible hablar de una democracia liberal o de una democracia social dependiendo de quién la ejerza llevando a cabo su programa político, por el cual accede al poder por vía electoral, es decir, democrática.

Respuesta. Le agradezco su aportación, yo no lo había visto así. En primer lugar, desde luego, se trataba de dar con una fórmula que tuviese un efecto literario, porque si hubiese llamado al libro “la democracia necesaria”, quizá nadie la hubiera notado. Francamente hay un elemento propagandístico. En segundo lugar, en efecto, se trata de un título que responde más a un propósito valorativo que a una descripción de

procedimiento. El título quiere ser, además, polémico frente a quienes adjetivándola, en términos valorativos, la denigran. A mí me parece que en la República Democrática Federal de Alemania del Este, el adjetivo es valorativamente inexacto, para decir lo menos. También hay quien habla de la democracia popular como la “verdadera” democracia, y de la democracia formal (el voto, etc.) como un procedimiento de la democracia burguesa. En realidad, frente a estas personas, frente a esta tradición, que tiene a menos a la democracia, mi deseo fue revalorar la palabra, el concepto, la práctica.

2. Pregunta. México vive momentos de tensión política en torno a las posibilidades del juego democrático, y más precisamente del juego electoral. No es muy claro si el sistema político mexicano está cambiando o está dispuesto a cambiar. La figura centralizante del Presidente y su mística aparecen como inamovibles. La polarización en el norte del país expresa muy claramente dicha tensión. ¿Qué salida de cambio se pueden proyectar o, al menos, esperar?

Respuesta. Lo que podría decir es que para que lleguemos realmente (valorativamente) a esa democracia sin adjetivos, el Presidente tendría que perder su aura; tendríamos que empezar a sentir al Presidente, al gobierno y al Estado, hablar de ellos y enfrentarlos, sin temblor místico, para lo cual es imprescindible, además de que nosotros nos curemos de ese temblor místico, que ellos se desprendan también de la arrogancia mística. Para eso, no hay más que una medicina posible: la democracia. No hay otra.

Claro está, es indudable que para que exista una participación de partidos tiene que haber partidos, pero yo no veo cómo pueden madurar los partidos si se les niega lo más elemental en circunstancias como la que estamos viviendo ahora: la transparencia de las elecciones para que puedan competir. Se dice: el PAN no tiene experiencia política a nivel nacional ni a nivel local. Pues sí, es cierto, y seguirá inexperto, seguirá en esa especie de niñez eterna mientras no se admita que gobierne localmente; lo mismo cabe decir del PSUM. Es decir, yo creo que la madurez política se demuestra andando, y si nos van a tener eternamente en ese estado de infantilismo, nunca vamos a madurar.

En muchos estados del Norte están dadas las condiciones para la democracia. Yo creo que en el Norte hay, por muchas razones, muy sutiles algunas, una cultura cívica distinta; creo que ya están dadas las condiciones para que todas las viejísimas lacras políticas mexicanas comiencen a desvanecerse.

Les voy a dar un ejemplo que puede parecer absurdo, pero que no creo

que lo sea. Iba yo en el coche de un amigo mío en Chihuahua, cuando de pronto, a media calle, él se detiene para dejar pasar a un transeúnte. Yo pensé que estaba loco. “Pero si aquí todo mundo hace eso, ¿por qué te sorprende?”, me dijo. Es el respeto al individuo. Yo creo que esto se traduce en todas las demás cosas. También ese individuo, esa ama de casa, quieren que se respete su individualidad y su voto; eso es ser libre e independiente. Creo que hay muchos signos, como éste.

Sigo creyendo que si no es el Estado —o el sistema, como se le quiera llamar— el que se decida a cambiar (no hacia dentro, sino hacia fuera; o no sólo hacia dentro, sino también hacia fuera), enfrentaremos un horizonte terrible de deterioro, desaliento moral y cívico, de agotamiento del país. Además, un sistema que opta por cerrarse, necesariamente se vuelve intolerante. Ya hay signo de ello. Es mi opinión, y pienso decirlo públicamente, que el control de la prensa en el asunto de Chihuahua, en México en particular, fue una vergüenza nacional. Aquí existió un proyecto. Aquí no solamente se omitió la verdad —la prensa en la época de Madero también hizo esto—, sino que hubo un proyecto para distorsionar los hechos. Yo creo que esto es muy grave.

Con todo, hay mucha gente dentro del propio sistema que cree en la necesidad de abrirse. Esa es la salida más asequible, menos costosa, la más deseable. Además no me parece romántica, yo creo que no hay que ser tan pesimista.

La conciencia política en México ha cambiado rápidamente con la crisis y el gobierno se ha quedado a la zaga. Este desfaseamiento no puede seguir eternamente.

No creo que el cambio se pueda hacer en un santiamén. No tenemos que empezar por soluciones centralistas o desde el centro; podemos empezar por propiciar islas de salud política en el país, podemos empezar por darles vida propia a las entidades municipales o a los estados. En esa pulverización, en ese carácter centrífugo de la democracia —que no es otra cosa que el federalismo— está para mí la vía natural de la democracia en México.

En el Norte los ciudadanos reclaman una vía política distinta, entre otras cosas porque allí el PRI y sus ramificaciones, lo que se llama la gran pirámide del poder en México, no es muy importante, ni muy numerosa o influyente. El gobierno lo sabe; de allí la teoría del dominó: damos Chihuahua, damos San Luis; damos San Luis, damos Puebla; damos Puebla, damos México (esto de “damos” es un decir). La teoría me parece falsa. Si el PAN hubiera triunfado en Chihuahua, no es absurdo decir que el PRI se hubiese apuntado una gran victoria moral; y si el PRI hubiera triunfado con absoluta transparencia, también hubiera sido una victoria.

En definitiva, para que el cambio llegue debe darse la conjunción de dos movimientos: una presión de fuera del sistema y una respuesta inteligente desde dentro. Si no hubiese sido por Reyes Heróles, ¿hubiera habido reforma política? Creo que no. La Reforma Política ocurrió por la acción de dos cosas: 1) la presión desde el 68 estudiantil y luego de la izquierda; y, 2) un hombre que reconoce la necesidad de darle cauce a esa presión.

3. *Pregunta.* Es difícil pensar que la firma de manifiestos dirigidos al gobierno como el documento que, entre otros intelectuales suscribiste, pueda tener efectos reales sobre la política estatal del juego electoral. Me parece que el cambio no puede venir más de ilusiones puestas en los consejos al Presidente. Tampoco se debe renunciar a ello, ¿pero qué eficacia puede tener? En consecuencia, ¿está hoy el Estado mexicano en manos de un grupo homogéneo o esto también está cambiando? ¿Consideras que hay un tránsito hacia el liberalismo político acorde con el tránsito que se está dando hacia un cierto liberalismo económico?

Respuesta: La opinión de quienes firmamos el manifiesto refleja, quizá, el sentir de las personas aquí presentes, con lo que esta Facultad significa, lo cual es una clara señal democrática. Créanme que hace diez años, estas mismas ideas hubieran sido deshechadas como excrecencias burguesas. Lo que pasa es que la gente se da cuenta, por fin, que los liberales tenían algo de razón.

Mi imagen sincera del asunto es ésta —no pretendo que sea objetiva, no tengo elementos para decir que sea objetiva: yo creo que el gobierno, el sistema, está a la defensiva, habla a la defensiva, tiene reacciones de un cuerpo que se defiende. Esto por muchas razones. La gente que gobierna en México no es igual a la que gobernaba México en el 68. En esto ha habido un avance y creo que hay mayor conciencia. Que se hayan cerrado ahora y que estén cerrados, todo esto es cierto. Que están jugando con fuego, también es cierto. Pero es un grupo, una alianza, que aun a niveles inconscientes sabe que hay un agotamiento, que su marco va agotando en buena medida su crédito interno, externo, económico, moral y político. Una vez agotado el crédito, no se pueden girar cheques; ellos no tienen fondos.

No he conocido personas en el gobierno que sostengan abiertamente lo contrario. Creo que en las altas esferas, y en las bajas o las medias, las gentes inteligentes y de buena fe admiten que las cosas no están bien.

En cuanto al “afuera” del sistema, ¿qué duda puede cabernos de que el “afuera” del sistema ha crecido? ¿Cuánto ha crecido? No sé, pero ha crecido mucho, ha madurado mucho.

¿Qué va a suceder? No lo sé. Nadie tiene esta capacidad profética. En la cátedra no se puede profetizar, simplemente hay que explicar. Yo creo que es perfectamente constatable para aquellos que tenemos 20 años de conciencia política —de 66 a 86—, que ni el gobierno es el mismo, ni la sociedad política en México y en todo lo que es el “afuera”, en el territorio externo al Estado, son los mismo. Han cambiado los dos, y los dos han cambiado para bien.

El problema es que si no se cambia rápido, si no se aprovechan esos *momentos plásticos*, es indudable que no solamente va a perderse mucho tiempo, sino que se van a provocar resentimientos, rencores y desalientos; desafortunadamente el gobierno mexicano no es una liebre en sus reacciones. Digamos que es un Estado con perfiles corporativos, con formas piramidales, rígidas, antidemocráticas. Pero hay Estados mucho más piramidales, corporativos, rígidos en el mundo cuya reforma realmente sí cuesta trabajo imaginar. Este Estado *sui generis* mexicano, cuya raíz no es una revolución como la soviética, sino una revolución con contenidos coloniales, crea un Estado paternal, y crea un Estado que deja márgenes amplios para la democracia. Esto es absolutamente cierto. En México existe libertad de asociación. Yo creo que la libertad de opinión ahora mismo está siendo vulnerada, pero no cabe duda que es un Estado mucho más poroso, mucho más flexible. Claro que tiene todos estos bastiones de rigidez que usted ha señalado, pero es un organismo mucho más complejo y desparramado. Es perfectamente posible irle cercenando cuerpos a su pirámide. Aunque las estructuras corporativas son durísimas yo creo que sí hay, en definitiva, un margen de reforma amplia. Pero la hipótesis es que si esta reforma no viene como un acto de voluntad rápido e imaginativo de parte del gobierno, el cambio, de verdad, va a ser muy difícil.

La cultura predemocrática en México es un hecho; pero si creyéramos que es un hecho inamovible estaríamos incurriendo en un determinismo cultural tan dudoso como cualquier otro determinismo. Las mentalidades existen, pero no son montañas; pueden cambiar, las gentes cambian, las gentes se convencen, las gentes se convierten. Yo cuando menos soy protagonista, al verlos a ustedes, o al oírlos, de un cambio de mentalidad.

Ahora, ustedes saben muy bien que México no ha dejado de ser un país de desigualdades terribles. Pero que lo sea no indica que debe considerarse a la democracia como un tema trivial, sino al contrario, probablemente sea un tema fundamental para poder remontar esas desigualdades.

Los vasos comunicantes entre la política política y la política económica son indudables; confieso que no he cavilado demasiado sobre ese

punto. Bobbio lo hace en alguno de los textos, en donde considera que históricamente van al parejo el liberalismo económico y el liberalismo político. Creo que es cierto. Pero también puede haber un Estado que ponga diques a la libertad económica y en lo político sea un país democrático.

En el caso concretísimo de México, yo pienso que sería perfectamente natural para este régimen abrir la política como está abriendo la economía. Ser moderno en ambos aspectos.

No hay ninguna diferencia en términos valorativos en cuanto a la concepción de la democracia sin adjetivos aplicada a los problemas de Chihuahua y Juchitán. Que el PSUM o la COCEI sean los agraviados en Juchitán, y el PAN lo sea en Chihuahua, no hace ninguna diferencia. No hago ninguna discriminación al Sur, simplemente veo que en el Norte el empuje democrático es más generalizado, más claro, que propende más naturalmente a la democracia. No se qué tanto pasión democrática, o por la democracia tal como la estamos hablando, tenga la gente en Juchitán. Lo que sí sé es que buscan que los gobierne la gente por la que la mayoría auténtica ha sufragado.

La regla elemental de la democracia es, por supuesto, que llegue al poder quien tenga la mayoría. Ahora, si la mayoría lo que va a hacer es suprimir a la minoría, si el 51% decide matar al 49%, no estoy de acuerdo, porque hay cosas que la mayoría en el poder no puede hacer. Por ejemplo, suprimir la democracia o suprimir los derechos humanos que están por encima de cualquier otro fin.